

ABORDAJES

SOBRE COMUNICACIÓN Y
CRÍTICA DE LA CULTURA

Antonio Méndez Rubio

ABORDAJES
SOBRE COMUNICACIÓN Y
CRÍTICA DE LA CULTURA

GRANADA, 2026

© ANTONIO MÉNDEZ RUBIO
© UNIVERSIDAD DE GRANADA
Campus Universitario de Cartuja
Colegio Máximo, s.n., 18071, Granada
Telf.: 958 243 930 - 246 220
Web: editorial.ugr.es
ISBN: 978-84-338-7804-5
Depósito legal: Gr./950-2026
Edita: Editorial Universidad de Granada
Campus Universitario de Cartuja. Granada
Fotocomposición: Tarma, estudio gráfico. Granada
Diseño de cubierta: Tarma, estudio gráfico. Granada
Imprime: Podiprint. Antequera. Málaga

Printed in Spain

Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Contenido

Prólogo	11
¡Al abordaje!.....	17

I

El fin de la cultura	25
Crisis, cultura, poder	35

II

Crisis y crítica (y viceversa)	45
Comunicación y crítica de la cultura	59
Ideología, control, conflicto.....	95

III

Aprendiendo a mirar	119
Imaginario fílmico y mundos (im)posibles	139
La función del ruido en la crisis social.....	157
Fascismo olímpico.....	175
Coda sobre el fin del mundo	203
Bibliografía	221

Prólogo

JESÚS MARTÍN-BARBERO

UNA LECTURA DESDE EL SUR

“Todos somos, al final, exiliados, sólo que en las furias del lenguaje unos terminan en la otra orilla, buscando recuperar la voz. Juan Gelman, tanto como su poesía, reveló las estaciones del luto que el exilio preserva como un pensamiento del escándalo. La pérdida, al final, no es la de una batalla sino la de los países, que asumiéndose como otros, eligen la cura de sueño del perdón y el mercado”.

Julio Ortega

“La crisis se vuelve subjetiva o interior a la vez que se bloquean y fracasan los paradigmas políticos tradicionales de acción colectiva o exterior. Y, frente al élan falsamente pacificador, desde su mismo interior menos reconocible, los materiales y las fuerzas culturales siguen todavía abriendo nuevas posibilidades de (re)significar procesos de cambio, críticos y creativos. Desde las luchas de los nuevos movimientos sociales hasta las subculturas urbanas, desde las tácticas de guerrilla antipublicitaria hasta las formas anónimas de creatividad que subyacen en la vida cotidiana, la cultura sigue activa como recurso de transformación y emancipación”.

Antonio Méndez Rubio

Leer a Antonio Méndez Rubio desde el sur latinoamericano (y europeo) es recibir un bofetón de rabia y de aire fresco. Pues también desde el Sur atravesamos tiempos oscos y opacos, frente a los que nos hemos ido desinflando, transando, acomodando al “mundo que tenemos” o recostándonos en un artificioso “resguardo marxista” incapaz de renunciar a sus más dulzarronas inercias. La apelación a las *contradicciones* huele hoy con demasiada frecuencia a naftalina, o a algo-en-conserva, en simplificación doctrinaria que impide

husmear siquiera las complejidades que cargan las *nuevas contradicciones*, mucho más nuevas que las hoy afamadas *nuevas tecnologías*.

Lo que el bofetón tiene de rabia sabe a honestidad intelectual, la del crítico que aún guarda capacidad de asombro frente a las reinventiones de que es capaz el capitalismo. Pues sólo desde el asombro y el desconcierto que produce el presente puede tenerse el coraje de otear futuro destejando las fórmulas y las jergas para, *benjaminianamente*, destrabar el lenguaje y reinventarlo como arma. La rabia que percibo en estos textos hace parte del extrañamiento que habita el crítico cuando percibe no sólo la trampa que le tiende su sociedad sino la envergadura de su doblez y el espesor de sus engaños. La rabia es justamente garantía contra el simplismo en todas sus formas, incluyendo la simplificación sistemática de lo que no se entiende, o la gastada retórica de una instrumentalidad que atenazaría los procesos y medios culturales reduciéndolos a meros “aparatos de Estado”.

El aire fresco se siente cuando estos textos se niegan a identificar las nuevas vueltas de tuerca que mantienen al capitalismo con la ya maloliente *decadencia cultural* y un derrotismo intelectual que se trasviste de político. Negación al derrotismo que se traduce en una muy fina manera de no terminar incluso las más duras páginas de crítica sin otear algunas pistas y líneas de salida. A eso fue también a lo que se dedicó W. Benjamin aportándonos claves que dislocan las trampas tendidas por la técnica, como cuando devela que aun en la reproducción “el cine, con la dinamita de sus décimas de segundo, hizo saltar el mundo carcelario de nuestras casas, de las fábricas y las oficinas”; o como cuando se nos descubre judío en la *esperanza*: esa honda experiencia humana que “sólo se nos da a través de los desesperados”. Méndez Rubio lo dice con sus propias palabras: el primer movimiento del crítico es hoy “distinguir (para en consecuencia poder también entender mejor sus cruces) entre *modos de producción* (Marx) y *maneras de hacer* (De Certeau) que enlazan de entrada tanto las prácticas culturales como las relaciones sociales, de modo que determinados usos, espacios y lógicas de la acción pudieran considerarse a la luz de un abordaje complejo”. Y es sólo trabajando esa complejidad como pueden llegar a hacer parte del *juego-de-fondo* las ambigüedades y los avatares de la cultura en cuanto “prácticas sociales” que trastornan tanto el sentido como las lógicas de la economía. Ya que ella misma hace parte de las prácticas culturales, *la crítica* puede llegar a “ser entendida como colapso, sabotaje o huelga, instalándose en el interior de las cañerías para reventarlas”.

Si me reconozco en la rabia que me traen esos textos es, en gran medida, por compartir con su autor el anarquismo libertario *como matriz política, sociocultural y vital*. Una matriz que ayuda a leer estos textos mucho más por sus tonos y sus pistas que por sus temas. Empezando por esa pista crucial que se otea desde el *entrelazamiento del tiempo de lo imposible con el tiempo en que todo es posible*. Ya a fines del siglo XIX, según Pitt Rivers, los libertarios andaluces y del sur de Extremadura sabían que el tiempo propicio para dar sus más contundentes golpes a los dueños de los olivares no era el tiempo de las malas cosechas sino al revés: propicio era el tiempo de las grandes cosechas que, al aumentar la demanda de trabajadores hacía posible sabotearlas, desconcertando así a los ricos y permitiendo un *tiempo abierto* para reapropiar buena parte de la cosecha y redistribuirla entre los más pobres!. De alguna manera nuestro tiempo también está preñado de esas paradojas, como la que señala Méndez Rubio al afirmar que “cuando la *comunicación* es el signifiante de la *incomunicación* la *cultura* solamente puede serlo de la *antipolítica*”.

Y fue esa conexión entre cultura y antipolítica lo que alcancé a percibir por primera vez en ese *tiempo otro* que fueron los finales de los 60s e inicios de los 70s. Transcribo aquí por primera vez una experiencia personal no escrita, en la que la cultura ofició de signifiante de la antipolítica. Fue a comienzos del año 1972, y estaba terminando de escribir mi tesis de doctorado en París cuando llegó a la residencia en que vivía un universitario de Costa de Marfil, muy alto y muy callado, del que me fui haciendo amigo. Un día me habló para pedirme que lo acompañara en su primera visita al Louvre y lo acompañé. Empezamos por la pintura y la visita transcurría tranquila, con algunos pocos comentarios en voz baja acerca de lo que le maravillaba, de lo que le desconcertaba y de lo que le fastidiaba. Y, de repente, mi amigo dio un grito, o mejor, una mezcla de grito con alarido. Acosado por los guardianes del museo que lo acusaban por haber roto el silencio, muy calmadamente, mi amigo les respondió señalando los avisos que en grandes letras pregonaban la entrada al espacio de la escultura: “*Ne touchez pas, Ne touchez pas!* –No tocar, No tocar-. *Los europeos confunden la escultura con la pintura!*. Y la pintura se aprecia visualmente porque está hecha para los ojos. Pero la escultura está hecha de madera o de piedra, de hierro o de barro, y no habla tanto a los ojos como a las manos, sólo tomándola en las manos, ¡tocándola!, podemos percibir si es rugosa y áspera o suave y tersa, si agradece nuestra caricia o la rechaza porque al tocarla la hemos maltratado. ¡Cómo se puede disfrutar una escultura si no se la puede palpar, recorrerla,

sentirla realmente! Lo que se ve es un trozo de mármol esculpido mientras que la escultura existe en el tacto de las manos!”

Más allá del sabor a exotismo, que quedó en el ambiente, lo que el saber estético del africano me develó a mí fue la persistente *atrofia del sentir* que han sufrido masivamente las gentes de Occidente y sus provincias, la atrofia que el fascismo ordinario ha ido produciendo sobre nuestros sentidos, y no sólo sobre los del tacto y el olfato sino también sobre *el sentido de justicia* que está en la base del con-vivir, del com-partir y el con-gregar. Fue una especie de “iluminación profana” lo que yo sentí al presenciar la incomunicación que, paradójicamente, produjo la fallida comunicación que buscaba mi amigo africano al apelar no a lo que Occidente tiene por “arte-en-sí” sino a lo que concierne a la sensibilidad, o mejor, al *sensorium de la gente*, al arte-experiencia que se produce en las *prácticas estéticas*, y que es justamente donde el choque entre cultura y política enciende la chispa de la *antipolítica*. Y que es lo que lúcidamente nos ha advertido Bernard Stiegler al alertarnos acerca de que la cuestión de *el sentido* no se refiere únicamente al *significado* de la vida en común sino al *tejido sensible* del que está hecha la vida social misma, y lo que convierte hoy el *mundo de lo sensible* en teatro estratégico de la guerra comercial: “el abandono de la cuestión estética [o de *la sensibilidad*] por parte la esfera política dejándosela a las industrias culturales, o a la esfera del mercado en general, es ya en sí mismo catastrófico (...) La cuestión *cultural* se halla ahora mucho más en el corazón de la economía que de la política”. He ahí una contradicción cargada de una fuerte opacidad ahora, ya que el economicismo que agarrota aún a buena parte del pensamiento “de izquierdas” le impide entender lo que hay de nuevo en la catástrofe, y es que se trata de una *catástrofe política*, esto es, a la que los políticos son *insensibles* por completo.

La otra pista o clave que nos abre este libro es la crítica de “las condiciones ambientales (los métodos de investigación así como las formas de evaluarlos) de la producción del conocimiento”. Hay “una espiral que dismantela el pensamiento crítico” en este estratégico campo, uno de los políticamente más decisivos hoy día, espiral que remite a “la medición cuantitativa de la productividad en el mundo académico, tal como se manifiesta específicamente en determinados índices de citación y a un sistema de evaluación que aparenta ser objetivo y neutral”. Hasta en las mejores universidades públicas de nuestros países la que manda hoy es una concepción tecnocrática del saber, que apareja una máquina de cuño mercantil a un dispositivo de adiestramiento neoliberal. Y todo eso adobado –al menos en nuestro

Sur- con un chantaje específico: el que implica que, en estos países, las únicas empresas que siguen teniendo *empleados a tiempo completo para toda la vida* sean las universidades públicas. Y la pregunta que social y culturalmente no podemos dejar de hacernos es ¿qué está produciendo esa *seguridad laboral* de los profesores universitarios “públicos” en medio del crecimiento imparable de la inestabilidad laboral de la mayoría de los ciudadanos?. Se trata de una pregunta que se entrecruza con la desmotivación política producida por las artimañas de la medición cuantitativa de resultados de la investigación especialmente en ciencias sociales y humanidades. Pero se trata también de una pregunta que saca a flote la cada día más extendida complicidad de una buena parte de los profesores e investigadores con un tipo de *paper* académico, internacional, que no admite sino *un conocimiento pretendidamente neutral*, como si, al menos en estos países, la neutralidad no fuera la otra cara del entreguismo o la vagancia. Que es a lo que apunta Méndez Rubio cuando advierte que *las invitaciones a la claudicación* parecen por momentos venir de todas partes, pero sostiene que eso no impide seguir viendo como urgente la necesidad de tender puentes y de colaborar “en la creación de corrientes de tensión que pongan en relación de contraste lo que ocurre dentro y fuera del espacio académico, dado que tanto su interior como su exterior pertenecen en igual medida al territorio ilimitado de la vida cotidiana”.

A Antonio Méndez Rubio, autor de estos *Abordajes*, le agradezco haberme dado la oportunidad de escribir, de hacerle un prólogo en el que renunciar a hablar de los textos que lo conforman quiere ser un acto de reconocimiento al coraje y la lucidez con que nos cuenta y cuestiona los adentros del *contexto*.